

TODOS tenemos libros que nos negamos a prestar, libros que ocupan un lugar de honor en nuestra estantería, en nuestro corazón, en nuestra maleta. No son, necesariamente, los mejores que hemos leído, pero sí los primeros que nos llevaríamos a una isla desierta, y quizá los únicos que sentimos en el alma no haber escrito, porque, además de hechizarnos desde sus primeras páginas, ejercen sobre nosotros, en determinadas situaciones, una entrañable acción balsámica.

Yo, por ejemplo, cuando la gripe o cualquier otra dolencia me obliga a guardar cama, siempre tengo en la mesilla de noche «Jane Eyre», «Noches blancas» y «La tía Julia y el escribidor». Con «Jane Eyre» me sucede lo que con ningún otro libro: nada más abrirlo asumo la identidad de su protagonista, desdoblamiento éste que me hace olvidar el aburrido estado en que me encuentro, pues, como ustedes saben, y de acuerdo con las normas de la literatura romántica, a la pobre Jane le pasa de todo; la lectura de «Noches blancas», en cambio, me produce un efecto catártico, ya que el hombre de este inefable cuento de Dostoiévski es uno de los personajes más desgraciados de la literatura universal; por su parte, «La tía Julia y el escribidor», de Vargas Llosa, contribuye activamente a mi restablecimiento, porque su trepidante trama me inyecta optimismo y sentido del humor.

Al igual que estos tres libros me alivian la tristeza y el tedio de la enfermedad, otros me ayudan a sobrellevar dignamente circunstancias tan fastidiosas como la

EL PODER DE LOS LIBROS

de estar esperando una llamada importantísima o la de no poder concentrarme en los estudios por más que lo intente. En el primer caso, en cuanto presiento que no voy a poder controlar la inquietud propia de la espera, me pongo a leer «Guerra y paz», «Cien años de soledad» o cualquiera de los volúmenes de «En busca del tiempo perdido», ya que, al ser novelas con una gran abundancia de personajes, no me queda más remedio que esforzarme en recordar a cada momento quién es quién y qué relación mantiene con los demás, lo cual me impide estar pendiente del teléfono, del reloj o del penoso estado de mis nervios; por el contrario, cuando quiero superar la agobiante frustración que me provoca el esfuerzo intelectual inútil, huyo como de la quema de libros lentos y densos como los anteriores y me enfrasco en la refrescante lectura de «Cien leguas de viaje submarino», «Sandokán», «Zalacaín el aventurero», «El Lazarillo de Tormes», «Guzmán de Alfarache...».

Amén de reparar ánimos abrumados, los libros cumplen, a veces, las más insospechadas funciones. Recuerdo que «El laberinto», de Mújica Láinez, desencadenó mi actual amistad con la dueña de cierta librería, ya que al preguntarle hace tiempo si tenía dicho libro me dijo que no,

Almudena Guzmán (escritora)



que estaba agotado, pero que como le daba pena que alguien se quedara sin leer un libro tan bueno me prestaba si quería su único ejemplar, a condición de que se lo devolviera pronto; asimismo, «Veinte poemas de amor y una canción desesperada», convenientemente envuelto en papel de regalo y con una dedicatoria de esas que llegan al alma, fue el dulce responsable de que un amigo mío conquistara, tras mucho batallar, a la díscola mujer de sus sueños...

Mención especial merecen los cuentos de Perrault y Hoffmann, que, declamados o leídos o en voz alta, consiguen lo que para nosotros, padres, tíos o abuelos es una proeza imposible de realizar; esto es, que un niño se acabe el filete de la comida o que se duerma sin armar antes el pítote de rigor.

También los libros, como habrán podido comprobar, además de en médicos, celestinos y niñeras, se pueden transformar en musas e inspirar un artículo.

Barceló

EL «collage», de Joaquín Barceló, estaba en la pared: una enorme cartulina blanca como soporte de un «Sanesteban» afrutado con una saeta clavada en la pierna derecha. Aquella imagen no pasó inadvertida y se grabó fuertemente en algún rincón de la memoria. Tiempo después surgió la necesidad de una portada: desde algún lugar de la memoria se expulsó, sin explicaciones, aquella composición plástica guardada más de diez años.

Urgía localizar al autor, pedirle la obra, reproducirla. Fueron varias llamadas de teléfono hasta escuchar su voz al otro lado del hilo: petición del préstamo de la obra y cita en su casa para buscar el original.

Era el reencuentro con Joaquín Barceló, con sus composiciones fantásticas, con sus criaturas. Buscó y rebuscó entre montañas de dibujos, y en un momento preciso solicitó ayuda para rescatar el original sin título, el «Saneste-

ban» afrutado que estaba aprisionado por cientos de obras. Fue una difícil lucha por mantener el equilibrio en una habitación de reducidas dimensiones; un extraño ballet en un reducto anegado de libros, revistas, láminas, grabados...

Joaquín Barceló es un ingeniero genético de la plástica. Sus originales son el resultado de una intervención en el ADN del arte. Sus criaturas, humanas o fantásticas, responden a una estética, conforman un particular bestiario sin intención moralizante. La mejor técnica para el minucioso trabajo es, sin duda, el «collage». Sus obras pueden resultar chocantes o incluso sorprender: trasladan a otros mundos, retratan otras realidades. Su estudio es, pues, su laboratorio, y sus obras, el resultado de un trabajo científico no exento de la mirada del miniaturista, cuando tiene que encajar ese elemento transformador que hace de la obra una composición propia y personal.

PABLO TORRES

